

LAS CONFESIONES DE FELIX KRULL,

DE THOMAS MANN

por ANTONIO VILANOVA

SEGÚN noticias procedentes de París, de que ya están informados nuestros lectores, el gran novelista alemán Thomas Mann, que va a pasar unas vacaciones en Suiza y en Austria procedente de los Estados Unidos, ha hecho unas declaraciones a la Prensa en las que ha dado a conocer sus actuales actividades y el título de las obras que tiene en preparación. Según parece, está escribiendo la continuación de las Confesiones del impostor Félix Krull (Bekanntnisse des hochstaplers Félix Krull.) una novela corta escrita hace ya muchos años y que figura, por cierto, entre sus producciones más mediocres. Thomas Mann cuenta en su nueva obra la vida accidentada de este aventurero, que da una vuelta al mundo ejerciendo todos los oficios, circunstancia que aprovecha para analizar con especial detenimiento la situación social. Como quiera que el cuento original en que el gran novelista alemán creó la figura del impostor y aventurero Félix Krull es muy poco conocido de los lectores españoles, tal vez ofrezca un cierto interés recordar sus rasgos más destacados en espera de esta novela, probablemente de gran extensión en la que el autor nos dé, en una versión definitiva, la historia completa de su vida.

En su redacción original, las Confesiones del impostor Félix Krull poseen un carácter de esbozo inconcluso y fragmentario que revela bien a las claras un proyecto de novela frustrado.

Aunque la acción de la obra sólo alcanza la existencia del protagonista hasta los albores de la juventud, no existe el menor indicio en el prólogo de estas confesiones, de que el relato deba reducirse a unas memorias íntimas de la niñez y adolescencia. En el mismo transcurso de la obra se alude repetidas veces a episodios posteriores de su vida que no explica el ulterior desarrollo del relato, truncado bruscamente, sin motivo ni justificación alguna, y sin que el carácter de su héroe haya alcanzado su verdadera plenitud.

Es evidente que la conversión de este esbozo novelesco frustrado, que el autor abandonó probablemente por desganada y por la carencia inicial de un objetivo preciso, en una novela corta, no se llevó a cabo mediante una refundición posterior en forma de cuento, sino que tuvo lugar aprovechando sin modificación alguna los capítulos que ya estaban escritos. Es por esto que las confesiones del impostor Félix Krull, que inicialmente habían querido ser las memorias de un aventurero cínico y sin escrúpulos, cuyo egoísmo le convertía más bien en un farsante que en un hipócrita, quedan reducidas al rela-

to de unos cuantos episodios de su niñez y adolescencia, que admiten fácilmente una continuación que complete su trunca autobiografía.

En los doce capítulos de que constan las deshilvanadas confesiones de Félix Krull, Thomas Mann describe la vida de una familia de la burguesía comercial de la Alemania del Sur en los años anteriores a la primera guerra europea. Pese al tono gris y forzado del relato, al cual el empeño de simular unas auténticas memorias otorga una irreprimible afectación, la descripción del ambiente doméstico de esta familia de propietarios de la marca de champaña "Lorley extra cuvée", en las orillas del Rhin, constituye bajo muchos aspectos una miniatura trazada con mano maestra. No se trata en modo alguno de una vieja ciudad hanseática, como aparece en "Los Buddenbrooks", sino de una sátira corrosiva e hiriente de la frívola existencia de unos comerciantes plebeyos, cuya despreocupada carencia de prejuicios nos enfrenta con una peculiar modalidad de bohemia burguesa. La displicente acritud con que Félix Krull, ya viejo y cansado, después de una accidentada existencia de aventurero, durante la cual confiesa haber usado distintos nombres y estado en la cárcel, describe en sus memorias el ambiente familiar en que transcurrió su niñez, nos da ya la pauta de su congénito egoísmo y de su absoluta carencia de sentido moral. En trazos breves y fríos, que revelan un cinismo indiferente y sin ternura, perfila ante nuestros ojos la figura de su madre, una mujer insignificante, de dotes intelectuales más bien mediocres, de apetencias vulgares y sensual, que vive en una rara intimidad con su hija Olimpia, una criatura gorda de tempranas apetencias sexuales, que consume antes de tiempo sus frustradas nupcias con el teniente Ubel, del segundo regimiento después de la quiebra de su padre se presenta con cierto éxito en un teatro de opereta. Junto al retrato de estas dos mujeres, por las que Félix no parece haber sentido el menor afecto, surge la figura jovial y patética del padre, comerciante inepto e impenitente galanteador, que ha heredado de su sangre francesa unas cortesías y

refinadas maneras y un gusto irreprimible por las jóvenes y lindas institutrices de su hijo. Es, sobre todo, la figura de este hombre corpulento, borrachoso y débil, incapaz de imponer su autoridad en la vida equívoca y desordenada de su esposa e hija, y que tolera al pequeño Félix una educación caprichosa y libérrima, la que suscita la mayor y más auténtica ternura en los recuerdos del precoz aventurero. Y después del padre, que tras la bancarrota de su firma comercial, impotente para rehacer su vida, se suicida, es el padrino Schimmerpreester el personaje de mayor relieve de la obra y el que, según propia confesión de su ahijado, ejerció una influencia salvadora y decisiva en posteriores años de su vida. En cuanto al protagonista central del relato y autor de las confesiones fingidas, el estafador y aventurero Félix Krull, la obra se limita a relatar sus años de aprendizaje hasta el fin de la adolescencia, y a través de sus memorias le entrevemos como un arquetipo acabado del agoista, farsante y embaucador, muy pagado de su distinguida ascendencia burguesa y de su apostura de buen mozo; adolescente corrompido y caprichoso, mentiroso y ladrón, que vive inmerso en un delirante ensueño de grudezas, creyéndose un ser privilegiado desde la cuna para triunfar del mundo y de los hombres. El autor le abandona en el umbral de la adolescencia, con ojos anegados en lágrimas ante el cuerpo yacente de su padre, poco después de haber alcanzado su plenitud de hombre en brazos de su linda doncella Geneveva, que se ha prestado gustosa a iniciarle en los misterios del amor. Ante él queda un horizonte sombrío de privación y sufrimientos que la ruina de la familia y la muerte del padre no pueden por menos de ocasionar, y cuyo relato habrá de constituir, sin duda alguna, el tema básico de sus andanzas y aventuras alrededor del mundo, descritas en la próxima obra de Thomas Mann. Sólo la aparición de esta última novela podrá revelarnos si el genio creador del gran novelista alemán ha sido capaz de transformar un esbozo truncado y mediocre como las "Confesiones del impostor Félix Krull", en una verdadera obra maestra.

Si desea usted ayudar a "SEMANA", puede hacerlo; suscribiéndose a la revista; comprando dos ejemplares y enviando uno de ellos a un amigo o pariente del extranjero; otorgándole sus anuncios puesto que es leída por multitud de personas selectas, o bien enviando sus trabajos de imprenta a la Editorial Hispano-Filipina, 801-805 Globo de Oro, Quiapo, Manila la que le dará a más de un servicio esmerado, precios baratísimos.